

EPILOGO.

Aquellos de nuestros amigos, que nos han honrado con discutir en detall nuestro pequeño trabajo, sobre la manera de batir á los franceses, parecen dar mas importancia á las indicaciones emitidas, que á la exposicion que hemos hecho de la táctica del adversario. Este resultado nos ha sorprendido tanto mas, cuánto que no hemos tenido la intencion de manifestar nuestras propias ideas, sino en lo que nos ha parecido mas indispensable, para dar mas atractivo á la exposicion. El sentimiento de amistad, sin embargo, con que ha sido acogida nuestra obra, nos reanima á pormenorizar algunas de las observaciones que nos han sido sugeridas por la reflexion; vamos á reproducirlas, pues, tal como espontáneamente han acudido á nuestro entendimiento, tomando en cuenta nuestros propios intereses, exentos, por supuesto, de la maléfica influencia de las preocupaciones favoritas.

Segun parece, algunos camaradas han deducido de nuestra precedente exposicion, un deseo de que entre nosotros se haga y se organice todo como en Francia; otros creen que hemos mencionado lo que solo merece tomarse de los franceses, obrando en la aplicacion de modo que las probabilidades de éxito se declaren en favor nuestro. Contestamos á los primeros, que, en efecto, deseamos que se adopten las verdaderas tácticas naturalizadas en Francia. las cuales hemos exhibido recientemente; nos cremos tanto mas autorizados á recomendarlas, cuanto que, como ya lo

hemos dicho, no son originariamente francesas, ni forman la exclusiva propiedad intelectual de los franceses; pero no tratamos de rendir culto á todos los medios susceptibles de contribuir á los resultados. Entre otros, nos declaramos partidarios decididos de nuestras maniobras de á dos divisiones (*Abtheilungen*), siempre que sean dirigidas con circunspeccion y prudencia. Esas maniobras poseen un sin número de ventajas: ellas elevan, militarmente, el valor de los oficiales y de los soldados; el prelude del combate es muy natural; el combate, propiamente dicho, lo es ménos; pero puede serlo mas, si le sustituye con la transicion del ejercicio de los puestos avanzados y eso sin gran dificultad. Es muy útil, sin duda alguna, tener la oportunidad de apereibir las faltas del enemigo y los puntos débiles de sus tácticas; mas adviértase que nuestras maniobras ofrecen tambien sus lados débiles. El elemento moral, tan importante y decisivo en la guerra, no se le encuentra en juego, excepto en ciertos casos extremadamente raros. Con frecuencia el que primero cede no salva á la derrota. Las evoluciones solo soportan las eventualidades y los hechos ordinarios; y no hay mas que dar un paso para relacionar las ideas que ellas sugieren, con la guerra verdadera, y en eso precisamente consiste el riesgo; puesto que en la guerra son los eventos extraordinarios, los actos de valor, de intrepidez y audacia los que se reputan como decisivos. La escuela de nuestras maniobras en tiempo de paz, es una escuela de *agua dulce*, y el que no cuenta con suficiente poder intelectual para olvidar sus lecciones en un campo de batalla, tendrá que maniobrar con la *misma dulzura* en el combate, es decir: sin resultado y sin gloria. Estas observaciones son aplicables de una manera particular á la caballería, que, gracias á nuestro sis-

tema táctico, ha perdido la memoria de las cargas á toda brida; que las recuerde y desde luego le auguramos las acciones mas brillantes y el mas glorioso porvenir; pero es necesario que se decida á salir del marasmo habitual en que ha caido. Basta señalar de tiempo en tiempo á los oficiales estas diferencias y estos inevitables inconvenientes, para que los malos efectos que de allí resultan se neutralicen mas, ó menos, y que de las maniobras solo se obtengan buenos frutos; pero guardémonos de atribuirles un mérito exagerado; pues si ellas son instructivas en la guerra en pequeño, y en la direccion de los destacamentos, dejan de serlo cuando se trata de una brigada, ó de masas considerables en la guerra verdadera, en donde se juega el todo por el todo. Nuestros simulacros solo presentan el carácter de la guerra por destacamentos, cuando por ejemplo hacemos maniobrar dos cuerpos de ejército, uno contra otro; y en esas ocasiones es cuando se advierte, que los generales de las brigadas apenas aciertan á tomar su verdadero puesto. Con mas razon, todavia, los oficiales de graduacion mas elevada se hallan doblemente embarazados, para encontrar una esfera de actividad proporcionada á su rango, tal como la que les corresponde en la guerra efectiva. No hemos visto aun proponer un problema de ejercicios maniobreros, designando los mandos dignos de un general; pero, al ménos hoy, no tenemos la intencion de externar sobre este punto nuestras ideas las mas íntimas.

Otros amigos nuestros suponen haber visto desarrollado, en nuestra precedente memoria, el pensamiento mas ligado con lo que bien puede considerarse como la cosa mas esencial, para poner de parte nuestra todas las probabilidades y encadenar la victoria á nuestras armas. A estos contestamos, que no nos ha ocurrido emitir cosa alguna

sobre el particular; pues hemos hablado en presencia de oficiales que conocen ya suficientemente nuestro juicio y participan de él, en cuanto á lo que mas nos conviene hacer.

Nos parece que hay tres cosas que deben coincidir, para que podamos abrigar la esperanza de vencer á los franceses. Aludimos á las condiciones con que nuestro ejército se halla en estado de presentarse para la realizacion de este resultado, y hacemos abstraccion de las coyunturas políticas y de otras influencias diplomáticas, ó civiles, que, en cierto modo, pudieran ejercer un valimiento decisivo, preciso es confesarlo, en favor nuestro.

Es necesario que los individuos que componen el ejército adquieran, durante la paz y por los medios mas adecuados, una grande aptitud y pericia militar. Ademas, preciso es tambien, que nuestros ejércitos y nuestras grandes unidades tácticas, ó fracciones de ejército, tengan al frente hombres suficientemente conocedores de la guerra, y del arte de la cooperacion recíproca de las tres armas combinadas. En fin; es indispensable que las formas tácticas, con las cuales todos deben hallarse familiarizados, permitan el mas variado empleo de las diferentes armas, las diversas unidades tácticas y las tropas consideradas aisladamente; pero, sobre todo, es necesario que este empleo tenga lugar de la manera mas propia para hacer rostro firme á los franceses, habituados á la guerra y á la victoria.

Hemos enunciado estas tres proposiciones en el orden de la importancia que ellas tienen, comenzando por la mas interesante.

La bravura, la habilidad, y la destreza militar del soldado, forman, sin contradiccion, su condicion primera y esencial, pues sin esos elementos, los mas brillantes talen-

tos del general y la mejor táctica son impotentes, mientras que con ellos, aun los generales medianos pueden alcanzar grandes resultados, como lo han demostrado los franceses mismos en Crimea y en Italia; pero si al mas alto grado de suficiencia militar de los individuos, se asocia la capacidad y la experiencia del que manda; y si estos gefes y estas tropas desean formalmente realizar un pensamiento, ellos no se encontrarán embarazados para descubrir los medios que deban conducirlos al objeto. El punto esencial consiste en la forma táctica; no hay una que sea absolutamente mala, pues cada cual se amolda á un caso particular, y en cuanto á modificaciones ellas se presentan por si solas en el curso del combate. Lo que sobre todo importa, es, la firmeza en las resoluciones y que la voluntad inquebrantable de los gefes sea comun á todos sus subordinados, ó á lo ménos al mayor número.

Querer es poder, pues la voluntad por si misma importa ya mas de la mitad del objeto que se trata de alcanzar. La incertidumbre y la indecision en la eleccion de los medios, solo son propias del que carece de fuerza de voluntad. Antes de adoptar una decision, no se ven ante si mas que dificultades; pero una vez que se ha llegado á la ejecucion, encuéntranse, al paso, porcion de facilidades inesperadas. En todos los casos, la bondad de la forma, hagámoslo observar expresamente, hállase en último lugar despues de las tres condiciones esenciales que hemos apuntado ántes. Detengámonos por algunos momentos á considerar la primera y la tercera.

I.—El valor militar del hombre desarroyado en su mas alto grado.

Si se toma esta expresion en toda la latitud de su significacion; si se pesa toda su gravedad, casi retrocede uno aterrizado a la vista del simple soldado que acaba de alistarse, comparado con el ideal. El hombre es imperfecto y débil; pero si en el curso de su vida gravita hácia su ideal, concluirá por asemejársele mas ó ménos. No completo todavía el empeño de los tres años de servicio y aun en ménos tiempo, puédese, con una voluntad perseverante, con la ayuda de esfuerzos incesantes y lecciones rígidas, adquirir muchas cosas, cosas no habituales y positivamente suficientes para la guerra, sin exceptuar la que pueda ofrecerse contra los franceses. Examinémos de cerca estos recursos.

El hombre es un compuesto de inteligencia, alma y cuerpo. La inteligencia se resume en las facultades intelectuales; el alma en las fuerzas morales. Por la inteligencia y el alma somos dueños del cuerpo, lo somos aún en el caso que este quisiera oponerse á nuestra voluntad. Los tres elementos en el combate, es decir: el hombre entero, entra en actividad. Mientras mas elevado se vé uno en la gerarquía del mando, mas la inteligencia y ménos el cuerpo hállanse en juego; cuanto mas se descende, mas el cuerpo y ménos la inteligencia participan del movimiento; pues todas las potencias del alma, excepto en muy raras naturalezas, se remueven profundamente en todas las posiciones y en todas las gerarquías. Esos sacudimientos del alma forman el secreto que Dios ha implantado en el corazon del hombre; y es en ellos en donde se encuentra el principio de todo lo grande y noble, como tambien el germen

de todo lo malo y vil. Allí es donde tiene su asiento e sentimiento religioso, llamado bajo otras denominaciones, corazon, resolucion, bravura, amor al Rey y á la patria, apego á sus superiores, á sus amigos, á sus camaradas, fidelidad, abnegacion, entusiasmo, voluntad y fuerza de voluntad, entusiasmo, sentimiento del honor y deseo de distinguirse. Allí hallase al mismo tiempo todo lo opuesto á estas nobles cualidades: el miedo, el horror, el espanto, en una palabra: las pasiones detestables en conjunto. Es el alma, pues, el sitio de las grandes dotes con las que se ganan, ó se pierden las batallas. Igualando todas esas cosas resulta, que si las batallas se pierden, es porque las cualidades eminentes del alma se hallan en mayores proporciones en uno de ambos lados, con un grado mayor ó menor de permanencia en los individuos. ¿Qué es lo que hace perder una batalla? La condicion precisa de una batalla perdida, no consiste, como en un duelo, en el exterminio de uno de los ejércitos contendientes, ó en que un campeón prive de la vida al otro. La proporcion de las pérdidas es igual, mas ó ménos por ambas partes, cuando el combate ha terminado. Verdad es que una batalla perdida, con frecuencia no lo es, sino por corto tiempo, pues al siguiente día del revés, un general dotado de una gran fuerza de alma, al frente de un ejército favorecido por una gran potencia idéntica, en lugar de retirarse y darse por batido, tal vez puede recobrar la victoria y obligar á la historia á proclamarle vencedor.

Basta eso para comprobar cuanto importa, durante la paz, educar las potencias del alma del soldado, de una manera conforme á nuestro estado, en vez de abandonar al azar la direccion de las facultades morales. Recordemos que en 1848, cuándo nuestras tropas se vieron expues-

tas á todas las tentaciones, logramos que prevaleciera nuestra influencia en sentido favorable y que, por ese medio, contribuimos con nuestro óbolo á la salvacion de la patria. Acordémonos de nuestros tiempos de guerra, en que, de todas las palancas disponibles, ninguna obró tan poderosamente, como la moral: cuando en una orden del dia el Rey habla al ejército; cuando cada oficial anima á sus soldados, ¿sobre qué elementos pretenden influir, sino sobre las facultades del alma? Las fuerzas de este género no faltaron en Austria, en 1859, como nunca nos han faltado en ninguna otra guerra; pero invocadas hasta el momento supremo del peligro, necesario fué que la palabra soberana poseyera naturalmente la virtud mágica de encender la chispa, allí donde la materia inflamable se debió preparar del todo y de antemano. Nuestra época y sus creaturas son sin duda materiales; pero nuestro estado demanda ardor, sentimientos elevados y una pasion inquebrantable por las grandes cosas. Estas suponen siempre esfuerzos y preparativos extraordinarios. No esperemos la llegada del postrer momento, como los austriacos, y no contemos, como ellos, con la vara mágica para producir prodigios á la hora crítica. Templemos de antemano nuestras facultades. La inteligencia, el alma y el cuerpo son las partes constitutivas del soldado. Si nos limitamos á cultivar y perfeccionar una sola de esas potencias, sea solo la del cuerpo, el éxito que obtendremos, por mas brillante que pueda ser, resultaría bueno para la paz, pero insuficiente para la guerra, porque es parcial y exclusivo, y por que el combate exige la aplicacion completa del valor del hombre, máxime cuando se trata de hacer frente á los franceses de hoy. Sino hacemos del perfeccionamiento de solo el cuerpo el objeto de una actividad ardiente, coronada por

el éxito, y si le añadimos las dotes cultivadas de la inteligencia, habremos alcanzado progresos positivos; pues todo el valor militar del hombre no puede obtenerse, sino por medio de la perfeccion igual y completa de las potencias del alma.

La del cuerpo con el ejercicio de las armas, la marcha, el tiro, la vida del vivac, la gimnástica, la esgrima de la bayoneta, las carreras, la natacion, será siempre la parte mas importante de la educacion del simple soldado. No hay términos que basten á recomendar lo suficiente la importancia de la marcha, de una marcha largá y rápida, que no perjudique el desarrollo de las fuerzas físicas, ni disminuya la facultad de combatir. El éxito de mas de una campaña ya ha sido decidido por el vigor de las piernas; considerémonos obligados, pues, á marchar mucho y por mucho tiempo, antes y despues del combate, en lo cual, al ménos hasta hoy, los franceses nos superan en alto grado. El soldado se siente tan orgulloso de sus penalidades y sus trabajos, como de los peligros á los cuales escapa milagrosamente. Los ejercicios gimnásticos, desde el momento en que producen los mas pequeños resultados, son de un doble valor, porque al vigorizar al hombre fortifican el cuerpo, haciéndolo mas apto á la accion física por ese medio, que por los otros ejercicios, de que hemos hablado antes, sobre todo porque obran directamente en la moral del soldado. La esgrima, la gimnástica y la natacion, desarrollan el valor personal, elevan la confianza propia hasta la arrogancia, vigorizan la fuerza de voluntad, el espíritu de resolucion y la ambicion. Ellas ofrecen al individuo la ocasion de distinguirse entre los demás; y por medio de estas cualidades, nuestra juventud militar, todavía en el período del desarrollo físico é intelectual, alcan-

zará una madurez perfecta. Estos son precisamente los hombres que necesitamos, hombres reposados en toda la extension de la palabra, varoniles y siempre dueños de sí mismos. Con un personal que reuna estas condiciones, tendremos en el combate guerreros experimentados á quienes el peligro no logrará intimidar. Por lo demás, el valor, sin la práctica de los ejercicios, ha hecho conocer de tal modo su insuficiencia en nuestro ejército, que no podemos vacilar mas tiempo en iniciarlo formalmente en un aprendizaje mas vasto y desarrollado, á fin de utilizar de una manera ventajosa los cuidados que se prodigan al soldado; y esto no es mas que obra y cuestion de tiempo. Tan luego que hallamos adquirido la destreza, auxiliada en el mas alto grado por nuestro excelente material, lograremos resultados mucho mas espléndidos que los obtenidos por los franceses, porque nos hallamos dotados de una potencia física superior. Es un hecho, fuera de toda duda, que la fuerza bruta cede sin remedio á la elástica, ménos potente, pero mas activa que la primera. Nosotros consagramos en el cuartel y aún en el terreno mismo, demasiado trabajo y tiempo al perfeccionamiento intelectual del soldado; le enseñamos la manera de adquirir una concepcion fácil en el arte de explicarse; en los ejercicios tácticos y en los del servicio de campaña, lo mismo que en las maniobras, le demostramos las diferentes situaciones en que puede encontrarse durante el combate, y algunas veces lo ponemos á prueba, á fin de que él mismo descubra los medios de salir de un embarazo. Este experimento no puede repetirse con frecuencia, y, en ese sentido, nada puede ser mas útil que el ejercicio del tirador en el terreno, cuidando de retirar á los oficiales y sub-oficiales y de solo emplear en la direccion señales mudas. Si cada uno en particular y los sos-

tenes en conjunto, saben sacar del terreno el mejor partido conduciéndose con acierto, puede tenerse la seguridad de haber alcanzado de la educacion un éxito satisfactorio.

Nuestros simples soldados, creásenos porque es cierto, valen tanto como los franceses en el sentido de la prudencia; y en nuestros regimientos, en general, que se componen de todas las clases de la poblacion, la inteligencia se halla representada en mayores proporciones. No conocemos nada mas estúpido y horrible que el conscrito francés, apénas llegado del campo á su regimiento. En cuánto á entendimiento, suponiendo que sea dirigido en una vía práctica, podemos igualmente luchar con ellos.

Hemos dicho ya, que nada obra tanto en las fuerzas latentes del alma como los ejercicios gimnásticos, ni nada tampoco las tiempla y las despierta tanto.

Aún puede hacerse mucho en el sentido de la instruccion militar que se da al soldado, hablándole á menudo de sus deberes y de sus derechos, en general, sobre todo de los relativos, por ejemplo, al servicio de guardia, de su alta y digna mision en el combate, de vencer y morir gloriosamente por el Soberano y por la patria. El esfuerzo que se haga con el objeto de despertar este sentimiento, y las interesantes conversaciones que se susciten con él mismo y con el mismo fin, ofrecerán numerosas y oportunas ocasiones de cultivar su educacion civil y militar, no ménos que sus sentimientos. Preciso es que el amor á la patria y al Soberano, latente en el corazon del soldado, procure excitarse y acentuarse, aprovechándose para ello todas las oportunidades. Su alta mision, su sublime vocacion, su derecho de llevar las armas, sus deberes, su honor de llamarse soldado prusiano, he ahí otros tantos temas que nunca se repetirán lo suficiente. Es necesario que el soldado apren-

da á sentirse opuesto, hasta cierto punto, al estado civil; que posea la conciencia de la superioridad de su clase sobre las otras de la sociedad. Tal fué la idea del poeta cuando dijo: "*Fuerza es que el soldado sienta lo que debe ser y el que carezca de esta noble inspiracion, hará bien en separarse del oficio.*" El soldado debe aprender á estimar y venerar á sus gefes, que son los que lo cuidan, que le predicen buenos ejemplos, que le prodigan saludables consejos y exhortaciones, que le tratan con benevolencia, con dulzura, amor y justicia; que aprenda á amar á sus camaradas, á fin de que en la guerra pueda consagrarse á ellos sin variar y hasta el momento de su muerte.

Preciso es que la compañía, escuadron ó batallon á que pertenece, sea para él, durante sus tres años de servicio, una segunda familia, y que el cuartel sea su pueblo natal, su propia casa. El establecimiento de los campamentos, con un servicio activo y severo, ocupaciones constantes y ordinarias, sería la via mas rápida y segura para llegar á esos resultados; pero la vida del vivac no es del todo indispensable.

Es necesario que el soldado se sienta inflamado á la vista de su bandera, cuya historia debe serle conocida, pues, él tambien, debe ambicionar á conquistar á su sombra el ensangrentado laurel de la victoria. Hay multitud de medios fáciles para excitar sus aspiraciones, lisongear el sentimiento de su honor y su amor propio: su compañía, su batallon y su regimiento deben ser, en su concepto, los mejores de todo el ejército. El buen nombre de su compañía es el suyo propio, y el que se atreva á mancillarlo le infiere una ofensa directa y personal.

Se necesita, pues, aplicar el celo mas ardiente á la educacion del soldado, despertando con gran cuidado todos sus

generosos instintos, de modo que su cultura se eleve al mismo grado de su bravura, pues que su corazon no puede aconsejarle lo contrario. Es necesario que se eleve al sentimiento entero y pleno, de que en su calidad de soldado nació ya un defensor, defensor de su bandera, de oficio y de derecho. Con este sentimiento desarrollado en toda su extension, imposible que se suponga dispensado de cumplir con sus deberes, cuando observe que, por desgracia, sus gefes se han hecho incapaces de presidirlo en los combates, en cuyas circunstancias, mas que nunca, blandirá animosamente sus armas en nombre del Soberano y de la patria, recordando que la mayor ignominia en un soldado, consiste en la rendicion de ellas ántes de ser herido. Se necesita muy particularmente hacer que penetre en el soldado de caballería, la conviccion de que un dragon prusiano, en tanto se halle sobre la silla, no debe sucumbir jamás. Desde el momento en que nuestros soldados se hayan poseido de esta idea, no se verán ya mas capitulaciones en campo raso, como en 1806, ni gefes cotardes que se decidan á repetir las; no se verá tampoco reproducido el triste ejemplo, que hace pocos años se dió en Italia, en donde los soldados austriacos cayeron á millares en manos del enemigo, sin experimentar el menor sentimiento de oprobio por su cautividad.

En ese sentido es en el que aún tenemos que progresar, y en él, el soldado francés, es superior al nuestro. Posible es que en el curso de la guerra logremos igualarle y que concluyamos por aventajarle; pero, para que en nada nos supere y para que desde luego logremos ir mas adelante, preciso es que sin pérdida de tiempo nos pongamos en obra. Es en un campo, como dijimos ántes, en donde la actividad de los oficiales de compañía y escuadron pue-

de desplegarse y recoger abundantes resultados; pues el soldado paga á sus superiores, en amor y fidelidad, los cuidados que estos le prodigan; llegado el momento, corresponde con su abnegacion, hasta perder la vida, la sollicitud que se le ha dispensado como á un amigo.

A esta instruccion, á esta educacion que eleva al soldado y desarrolla todo su valor militar, es á lo que damos una importancia preferente, por que vemos en eso la garantia de la victoria.

II.—Consideraciones tácticas.

En el artículo precedente, hémos procurado desarrollar todo lo no excluido de nuestro asunto relativo al mantenimiento y consagracion del servicio: cada cual puede tomar, ó apartar, lo que le parezca. A propósito de táctica, insistimos en prescindir de todos los cambios de reglamento, de formacion y organizacion, objeto y manera de la inspeccion, etc., etc., que, sin embargo, sería de gran utilidad adicionar y reformar. Por ahora limitémonos á las cosas que, sin embarazo ni equivocacion, pueden ejecutarse desde luego al frente del enemigo, por nuestros oficiales y sus subalternos. Tal es la marcha, única á nuestro juicio, que un gefe subordinado debe adoptar como punto de partida, á fin de alcanzar un resultado práctico, es decir: posible.

En materias de táctica hay una porcion de cosas, que solo son asunto de forma y de costumbre.

El caballero Folard, á propósito de la cuestion, si sería mas propio combatir en linea, ó en columna, se explica en estos términos:

“ Los hombres irreflexivos, en su mayor parte, se hallan

“de tal modo dominados por la costumbre, que fácilmente
 “se irritan, ó se ofenden de todo lo que es contrario á ella.
 “Las pruebas mas convincentes, los motivos mas apre-
 “miantes y las verdades mas demostrativas les parecen
 “apénas verosímiles. Si se les confirman con testimonios
 “irrecusables, no se logra todavía persuadirlos. ¿Como
 “conducirse con tales gentes? Se necesita, dirán algunos,
 “convencerlos por medios mas enérgicos: será preciso po-
 “nerles á la vista los hechos y los ejemplos de los grandes
 “hombres, que han puesto en ejecucion lo que nosotros en-
 “señamos. Tratémos de atacarlos por ese lado, puesto
 “que por el otro no lograríamos llegar á un acuerdo. Dios
 “quiera que ellos, al ménos, admitan estas pruebas: de
 “otro modo se encontrarían en las tinieblas á medio dia,
 “como dice Horacio.”

Estas palabras son aplicables á una porcion de discu-
 siones. La cuestion de saber si una compañía debe com-
 ponerse de 200, ó 150 hombres, guarda mucha analogía con
 la puramente de forma, sobre si sería conveniente llevar
 pantalones mas anchos, ó mas estrechos. En esto de pan-
 talones, la forma de la pierna es á la que toca decidir. Lo
 mismo sucede con la compañía, cuyo contenido, es decir:
 el valor intrínseco de los oficiales y soldados, es el que
 debe equilibrar la diferencia. Si se busca el verdadero
 motivo de los disentimientos de opinion, relativamente á
 todas las formas tácticas, se encontrará que el esencial se
 reduce al valor militar, mas ó ménos grande, que se atri-
 buye al simple soldado. He ahí lo único que debe tomarse
 como punto de partida, y una vez convenido y admitido
 como base y principio comun, las consecuencias que se
 deduzcan, en cuanto al empleo de los soldados en el com-
 bate, serán iguales, poco mas ó ménos, para todo el mundo.

Dejamos á cada cual, sin embargo, en libertad de deducir-
 las á su manera.

La razon por la cual recomendaríamos una forma tácti-
 ca particular, se funda en que ella es de una flexibilidad
 excepcional, en que se presta á una cierta variedad, y en
 que permite, mas que ningun otro método conocido, la apli-
 cacion de los principios que hémos expuesto recientemente,
 aplicacion que provoca ella misma por decirlo así. El
 cuerpo de ejército del cual tenemos la honra de formar
 parte, recibió una invitacion soberana para poner en prác-
 tica la forma conocida bajo el nombre de *línea avanzada*
 (*Vortreffen*). La idea que la preside es la siguiente:
 “Todo batallon á quien toque la vanguardia, debe siempre,
 en todas partes donde el terreno lo permita, hacerse pre-
 ceder de una, ó dos compañías, para constituir su línea
 avanzada.” Esto no es otra cosa que la vanguardia mis-
 ma; no hay en lo absoluto un mando independiente, pues
 cada compañía incorporada á la línea avanzada depende
 inmediatamente del batallon de que forma parte. Este
 sistema no produce nunca la debilidad, que de ordinario
 afecta á los destacamentos indispensables, los cuales solo
 son útiles en realidad, cuando con ese nombre forman los
 sostenes de la línea de tiradores.

Corresponde al comandante de batallon decidir, si con-
 viene disponer en este órden una, ó dos compañías, y cuales
 al efecto deben emplearse. En todo caso, conviene con-
 sultar la necesidad, que es á la que toca resolver, si en el
 curso del combate toca á la compañía de bandera, ó las
 tres cerradas, seguir á la línea avanzada, ó recibirla en su
 posicion, ó, por último, sobrepujarla para adelantarse so-
 bre el enemigo. En esta circunstancia, los fusileros desta-
 cados de la línea avanzada pueden ser utilizados ventajo-